

FERNANDO IWASAKI

¡Aplaca, Señor, tu ira!

Lo maravilloso y lo imaginario
en Lima colonial

Prólogo

Luis Millones Santa Gadea

Epílogo

Fernando R. de la Flor



B | Fundación
Biblioteca
MANUEL RUIZ LUQUE

ÍNDICE GENERAL

<i>Prólogo</i> , por Luis Millones Santa Gadea	13
<i>Agradecimientos</i>	23
<i>Introducción</i>	25

I. MÁQUINA BARROCA

<i>Esferología</i>	33
<i>Lo global maravilloso</i>	36
<i>La espuma del imaginario</i>	42
<i>Modelos en la historiografía colonial peruana</i>	50

II. SENTINA BARROCA

<i>La destemplanza de los aires</i>	63
<i>Fuego del infierno</i>	70
<i>Pellizcos de Dios</i>	73
<i>«Aplaca, Señor, tu ira»</i>	91

III. OFICINA BARROCA

<i>¡El olor! ¡El olor!</i>	112
<i>Milagros, sangrías, muelas y monstruos</i>	142
<i>Reportorio de los tiempos</i>	178
<i>Cronología imaginaria del siglo XVII</i>	198

IV. FÁBRICA BARROCA

<i>Las trampas de la fe</i>	222
-----------------------------------	-----

<i>Correr hacia la luz</i>	281
<i>Catálogo de hagiografías coloniales</i>	308
<i>Luisa Melgarejo, doctora odoris causa</i>	312
<i>Notarios de lo maravilloso</i>	334
<i>Anexo: Testigos de los procesos diocesanos del siglo XVII</i>	357
<i>Anexo: «Hagiografía» del Padre Martín de Ayala, con Francisco Solano mirando desde el fondo</i>	379
<i>Anexo: Testamento de Luisa Melgarejo</i>	381
<i>Conclusiones</i>	389
<i>Epílogo, por Fernando R. de la Flor</i>	395
<i>Fuentes, referencias documentales y bibliografía</i>	397
<i>Índice onomástico</i>	435

PRÓLOGO

EL TÍTULO DE este libro no deja de evocarme «Mujeres al borde de la perfección» (Millones 1993), el primer trabajo que publiqué a Fernando Iwasaki. Por entonces, Iwasaki ya había dividido su amor entre la literatura y la historia. Tal escisión aflige a los científicos sociales, que suelen culpar de las deficiencias en su escritura al continuo manejo de documentos antiguos, o a las conversaciones con informantes que hablan otras lenguas, o al hecho de lidiar con fósiles o monumentos mudos.

Nada de esto ha estorbado a Iwasaki. Al leer *¡Aplaca, Señor, tu ira!* se advierte que ha logrado la meta más lejana de quienes trabajan con documentos: dar contenido histórico a una construcción literaria. A principios de la década de los años ochenta, no bien llegado de París, tuve la audacia de llamar a Ruggiero Romano. Lo había conocido en 1965 en la Universidad de Chile, y a pesar de no haber mantenido una previa correspondencia le escribí una carta apurada antes de mi viaje. Su gentil respuesta me brindó la ocasión de visitarlo y cenar en un restaurante, al que llegamos mi esposa y yo, más una joven que lo acompañaba y su enorme perro, al que el personal del *bistrot* trató con total familiaridad.

Romano, motivado por una afortunada frase —«la oscuridad del siglo xvii en el virreinato peruano»— nos adelantó lo que diez años más tarde se podría leer en una de sus obras: «la oscuridad es una manera de esconder la crisis que también es europea, que empieza en 1620 y que, digamos, dura hasta 1720-1740. Y podría explicarse sobre todo por la agricultura». En esta conversación, que me dejó intrigado, mencionó también el regreso de los señores de la nobleza a la propiedad de la tierra y la tendencia a mantenerla ociosa. Solo mucho después supe que había llamado a este proceso «refeudalización». También aprendí en sus textos que: «el Estado español del siglo xvii era al mismo tiempo débil y rígido. Rígido significa casuístico, puntilloso, legislador para cualquier propósito, en extremo burocratizado, que decide todo. Débil significa que carece de fuerza para hacer aplicar los principios inspirados en su rigidez» (Romano 1993: 150).

Mi pregunta, luego de mirar estadísticas y censos de esa centuria, apuntaba más bien a ¿cómo se pudo vivir bajo esos parámetros? Felizmente las personas no son cifras, y Fernando Iwasaki —¡por fin!— nos

ofrece la mejor respuesta, dando cuerpo a la preocupación de Caro Baroja: «el barroco [entronizado en el Perú del xvii] era una lectura del mundo, una genuina “enciclopedia” que presumía tener todas las respuestas sobre todas las materias del vasto universo, desde los humores del cuerpo humano hasta los movimientos de los planetas, pasando por la historia natural y la sobrenatural, las fortalezas militares y los castillos interiores, los acontecimientos de la vida cotidiana y las menudencias de la vida ultraterrena».

Lo que Romano llamó rígido, Iwasaki lo traduce como cerrado y nos advierte que la lectura religiosa, celosamente resguardada como única verdad funciona «como esfera inmunológica» donde se convierte en un universo cerrado que tiene sentido por sí mismo. En efecto, como bien señala Álvarez Santaló «lo que caracteriza, precisamente, a los universos cerrados es la transformación de lo real-real exterior, desleído fuera de los límites muros del cerrado, en un ilusorio que se propone, no obstante, como lo verdaderamente real».

Desde esta perspectiva, los intereses de un Estado débil y distante dejaron espacio a una burocracia delegada a la que era difícil pedirle cuentas, porque la riqueza hacía fácil la corrupción y las fronteras proporcionaban el contrabando. Al mismo tiempo, a las autoridades les convenía mantener el respeto a personalidades (como el rey) e instituciones (como el Consejo de Indias) que legalizaban sus actos, aunque, en la práctica, los acatasen con tibieza o simplemente los ignorasen.

Para explicar esta tragedia de la cultura del barroco, Iwasaki recurre a la figura de las esferas, apoyándose en la visión del cosmos como espacios circulares y cerrados en la que el centro de nuestro universo-mundo es la Tierra y que sobre ella flotaba la esfera celestial a la que tendríamos acceso después de la muerte. Más aun «los Padres de la Iglesia –San Agustín y Santo Tomás– le dieron rango teológico a la cosmología grecolatina desde el momento que convirtieron a Dios en el “motor invisible” de la última esfera y en “causa final” del movimiento del universo».

«Finalmente, la gravitación de los cuatro elementos primordiales –agua, tierra, fuego y aire– sobre la vida humana, creó desde los tiempos de Galeno un ideal de salud basado en el equilibrio de temperaturas» que daba pie a los temperamentos del Hombre. A ellos se sumó el alma, que se convirtió en el eje de toda existencia, ya que todo lo anterior se sujetaba a su salvación, en manos del cumplimiento de la fe cristiana.

Bajo esta perspectiva y habiendo declarado como anatema la Reforma protestante y enemigas a las naciones que la aceptaron como bandera, la España del siglo xvii fue guiada por la Contrarreforma. Esto significa que todo aquello que escapaba a una explicación no resuelta bajo los cánones del pensamiento oficial ingresaba formalmente al universo de lo que hoy día llamamos lo maravilloso, espacio sin límites precisos, pero

que se orienta bajo la línea del milagro cristiano, o del gran personaje de esta época: el demonio.

La ambición de poseer una explicación para todo lo sucedido y lo que seguirá incluso después de la vida hace necesaria la creación de un discurso. Surgirá este de los materiales conservados en los monasterios o bien de aquellos que los musulmanes copiaron o conservaron como tradición oral, que llegaron de regreso a España, o como herencia del Renacimiento. Es un discurso que explica, en calidad de imaginario, no solo el pasado como norma organizada del presente y futuro, sino que también sirve de contrapunto a lo que va surgiendo como ciencia en los países que rodearon a la península ibérica. Con mucho acierto nuestro autor nos recuerda que, si administramos la existencia de un discurso del imaginario; deberíamos aceptar la evidencia de una retórica del imaginario, en consecuencia, cabe decir que el barroco fue el imperio de la retórica, con miles de títulos que compartían el mismo subtexto «teúrgico, salvífico y escatológico».

En adelante el autor irrumpe con la cadena de horrores que trajo consigo la cerrada censura y autocensura. La sufrieron quienes, siendo mentes creadoras, vivieron bajo la presión de soportar este régimen. Hubo espacios en los que la naturaleza de la obra, la novedad del tema o del tratamiento del mismo, hicieron que el autor, por encima de sus privaciones o riesgos, saltase la valla de las instituciones represoras. Iwasaki nos presenta al Quijote de Cervantes sufriendo una «melancolía artificial», es decir no la que resulta de la enfermedad humoral, sino más bien aquella que nacida del acto creador de su autor, hace de su personaje un enfermo que no puede ser castigado, porque de su locura solo se espera un comportamiento y reflexión insanas. Tirso de Molina, con menos sutileza, debió enfrentar un caso ya juzgado como traición y convertirlo en meritorio gracias a esconder su demanda en una comedia compuesta por encargo. El escritor logró que Felipe IV no solo perdonase la memoria de la traición de Gonzalo Pizarro, además consiguió que sus descendientes recobrasen el título de marqués, que nunca se le concedió a su hermano, el conquistador. Véase como muestra los versos de *Amazonas en las Indias*:

Gonzalo: Por muchas razones debo
 encarecer el valor
 que hace dichoso este día
 pues el Pirú restaurado
 mi hermano el marqués vengado,
 postrada la tiranía
 y premiada la lealtad,
 vuelve a ser dueño segundo
 Carlos deste nuevo mundo...

(Molina 2003: 263).

Una de las muchas novedades con que nos sorprende Iwasaki es la presentación de la Pequeña Edad de Hielo (1350-1850), como factor en el desarrollo de la sociedad del siglo XVII, descubriendo las correspondencias entre las catástrofes naturales y epidemias, con las explosiones de fervor que culminaron con la aparición de místicos convertidos en alumbrados o bienaventurados a juicio del Tribunal de la Santa Inquisición. Nuestro autor propone que de acuerdo a las informaciones recogidas, el clímax se alcanzó en la década de 1650, situaciones que coinciden especialmente con el Niño o ENSO (por sus iniciales en inglés), cuyos efectos nos son conocidos a todos los peruanos.

En Lima este fenómeno se suma a los movimientos telúricos causados por la subducción (hundimiento) de la placa de Nazca, que produce temblores y actividades volcánicas en la costa occidental del Pacífico. Sucedió, sin embargo, que a mediados del siglo XVII, el Niño se hizo presente, con diversas magnitudes, doce veces, lo que supera el promedio de una vez cada cinco años. Las lluvias inesperadas y desbordes de ríos o avances del mar fueron tan sorprendentes como los fuegos de las montañas que se consideraban muestras del interior de la tierra y, por tanto, patrimonio del infierno. Todo ello fue procesado como manipulación satánica o advertencia divina, que tenía que ser descifrada para evitar las faltas que podrían recibir un mayor castigo.

La respuesta a estos fenómenos, en un teatral despliegue piadoso, nos es familiar hasta nuestros días, pero el autor agrega una consideración que había escapado a la lectura generalizada de esos fenómenos: «para los hombres y mujeres del siglo XVII, el cuerpo humano poseía sus propios “fuegos subterráneos”, impurezas inmundas e incluso alimañas engendradas en sus fangos más profundos como las lombrices, los neguijones, las solitarias y otros gusanos que precipitaban la putrefacción de la carne».

La naturaleza como réplica del cuerpo humano permite acercar la conciencia de culpa a niveles de intimidad intolerables que, sin embargo, pueden aliviarse con el flagelamiento, formas de ayuno o cualquier otro castigo que haga posible, de manera simbólica, aplacar la naturaleza desatada y ajena a nuestro cuerpo.

Hacia el final de esta primera parte, el autor nos da la pista de uno de sus objetivos finales, lo denomina «la reconstrucción del manifiesto para la historia del imaginario de la historia colonial». Lo llama así porque entiende que trabaja con los restos del pensamiento en peligro de desaparecer, dado que no quedan personas con esa manera de razonar, a las que dice Iwasaki «preferiría entrevistarlas».

Las ruinas que produce el combate entre la ortodoxia católica y las religiones de origen andino serán miradas como sistemas coherentes que interpretan, de manera diferente, los fenómenos naturales y proponen para sus creyentes las leyes que aceptan como universales. Dado que el